

Afianzar la recuperación

Miguel Martín, presidente de la AEB

El pasado ejercicio se salda, de nuevo, con un balance claramente negativo en términos de crecimiento y de empleo. No atravesamos una recesión cíclica habitual sino una crisis con raíces de índole estructural. Desde su inicio a comienzos de 2008, el PIB real y la demanda interna acumulan, respectivamente, una caída de 6 y de 16 puntos porcentuales, se han destruido 3.5 millones de puestos de trabajo (cerca de un 20 por ciento del empleo total) y la tasa de paro se ha disparado 18 puntos porcentuales hasta alcanzar el 26 por ciento. A esa situación se ha llegado porque a los desequilibrios internos se ha sumado el efecto desestabilizador del deficiente funcionamiento de la gobernanza europea dificultando el acceso a la financiación y elevando su coste.

En mayo de 2010, bajo la presión de las autoridades europeas y tras reconocer la gravedad de la crisis, la política económica tuvo que plantearse como objetivos prioritarios consolidar las cuentas públicas, recuperar competitividad y sanear el sector financiero. Todo ello sin la posibilidad de diseñar la política monetaria o de devaluar el tipo de cambio nominal. En estos tres últimos años se ha progresado en algunos de estos frentes, entre los que destacan la práctica absorción del

déficit por cuenta corriente, una significativa reducción del déficit presupuestario en un contexto recesivo, la contención de los costes internos junto a las mejoras de competitividad y, muy particularmente, la recapitalización de un amplio segmento del sistema bancario.

Otro elemento decisivo para aliviar las tensiones en los mercados ha sido las recientes iniciativas adoptadas en la Eurozona. Por un lado, en julio último el BCE asumió explícitamente el compromiso de hacer todo lo que fuera necesario para preservar el euro. Por otro, el Consejo Europeo ha flexibilizado los criterios relativos al cumplimiento de los objetivos presupuestarios; se ha propuesto una mayor integración financiera y fiscal y se ha incorporado una estrategia orientada al crecimiento. El conjunto de estas actuaciones ha devuelto cierta confianza a los mercados, lo que ha propiciado, desde mediados del pasado año, un recorte de las primas de riesgo y la emisión de deuda, tanto pública como privada a un coste más razonable.

2013: mejores condiciones de partida

El presente año, por lo tanto, se inicia en unas condiciones distintas y, sin duda, más favorables que las del ejercicio anterior. Así, frente a una caída del PIB real a



lo largo de 2012 del 1,8 por ciento y la destrucción de 850 mil puestos de trabajo, las perspectivas para 2013 apuntan hacia una estabilización del PIB real en sus niveles actuales (crecimiento intertrimestral prácticamente nulo a lo largo del ejercicio), una menor detración de la demanda interna y una reducción significativa del ritmo de pérdida de empleo. En todo caso, siguen abiertos importantes frentes, tanto en la corrección de los desequilibrios como en la flexibilización de nuestros mercados, lo que requerirá notables esfuerzos durante un prolongado espacio de tiempo.

La economía española se enfrenta a tres grandes retos de signo contractivo: la consolidación de las cuentas públicas en un contexto de bajo crecimiento y con escasos márgenes de actuación, tanto en

el terreno de los ingresos como del gasto; la contención de los costes que acompaña la devaluación interna para recuperar competitividad; y, finalmente, el desapalancamiento del sector privado que obliga a dedicar una mayor parte de los ingresos al ahorro en detrimento del consumo y de la inversión. Todos estos factores frenan la demanda agregada y la capacidad de crecimiento, por lo que todavía queda un largo camino por andar hasta que se recuperen los niveles de riqueza y de empleo previos al inicio de la crisis.

Ejes de política económica

Existe, sin embargo, un amplio recorrido en el ámbito de la política económica, para mitigar y acortar los efectos de dicho ajuste. En primer lugar, es urgente culminar la reestructuración banca-

ria con el fin de restablecer la fluidez del crédito. En segundo, la consolidación presupuestaria debe centrarse en la racionalización del gasto, la lucha contra el fraude y la reducción del déficit estructural, lo que requiere, a su vez, una reforma de la Administración Pública y un replanteamiento del Estado de Bienestar para asegurar su sostenibilidad a plazo. Por último, las mejoras de competitividad que acompañan el proceso de devaluación interna deben canalizarse hacia la reindustrialización de nuestro aparato productivo –que ha sufrido una notable pérdida de peso desde nuestro ingreso en el euro– y complementarse con la prospección de nuevos mercados, especialmente en las economías emergentes, donde nuestra presencia es todavía escasa y en las que el potencial de crecimiento es más elevado. Tenemos sobradas pruebas de grandes y pequeñas empresas, en distintos sectores de actividad, capaces de competir con éxito en los mercados internacionales aun en condiciones adversas.

En todo caso el eje de actuación más determinante gira en torno a la extensión y profundización de las reformas estructurales capaces de impulsar un uso más intensivo (empleo) y eficiente (productividad) de los factores de producción al objeto de elevar el potencial de crecimiento y de reducir el umbral a partir del cual la economía es capaz de generar empleo neto. En suma, tras los esfuerzos realizados y siempre que se mantengan con determinación políticas adecuadas, se ha comenzado a despejar la vía hacia una progresiva recuperación de la actividad y la creación de empleo.